

RECUERDOS CON HISTORIA, 174

ANÁLISIS DE UN UNIFORME

TROPA DE INFANTERÍA DE LÍNEA MODELO 1926

Por V. Navarro

Con la perspectiva de casi cien años y la increíble evolución que han sufrido los uniformes militares en todo este tiempo, ha de ser interesante hacer una especie de reflexión/estudio sobre uno de los que vistieron nuestros abuelos o padres en sus tiempos de juventud allá por las atribuladas y ya lejanas décadas (esperemos que irrepetibles en sus aspectos negativos) de los años 1920 y 1930.

De entrada, absolutamente nada que ver aquellos uniformes con los del presente a no ser porque ambos muestran su indisociable aire castrense. Un siglo de diferencia es mucho, muchísimo, en relación a los avances técnicos, sociales y, por supuesto, democráticos.

Un uniforme de 1920/30 nos sonará a cosa antiquísima, absolutamente sobrepasada, arcaica, vetusta. Es cierto, pero gente de mi generación tuvimos ocasión de hablar con quienes los vistieron y a ellos, los protagonistas, les hubo de parecer, en su día, algo flamante, ultra moderno y lo último de lo último, máxime cuando, por aquellas calendas se pasó de los fantasiosos uniformes de colorines, tantos siglos empleados y lucidos, al severo y austero color caqui. Imaginemos por unos momentos a los soldados que vivieron el radical cambio. De sus más que tradicionales vestuarios en contundentes tonos rojos y azules, visibles a doscientos metros en campo abierto (y sin abrir) se pasó a un tejido verde-marrón de casi perfecto camuflaje.

Hubo, en el proceso de conversión, la posibilidad real de vestir combinación de guerreras azules con pantalones caqui, cosa

demostrada en documentos y fotografías. Era la transición de un estilo a otro. La impensable y atrevida mudanza.

Pues bien, situémonos en el año 1926, concretamente en el 31 de julio, donde una Real Orden muy determinada y detallada, deja perplejos a los integrantes de medio Ejército. Y al otro medio también. Se acababa de ordenar, otra vez, un nuevo uniforme llamado “*de tipo único*” (que, en teoría, ya era “único” por las R.Os. de 20-junio-1914 y de 19-abril-1920) para **todos los soldados** quedando suprimidos a rajatabla los paños de colores. Las pequeñas excepciones no vienen al caso, por cuanto no eran significativas y tuvieron relativa duración en el tiempo.

Ahí fue nada la contundente mutación. Total y completa en base a las propias experiencias en los durísimos conflictos de “ultramar”; también de los conocimientos ajenos extraídos de la inmensa barbaridad llamada Gran Guerra de 1914-18 y, por supuesto, en consonancia a lo que los ejércitos europeos estaban adoptando y siempre, lógicamente, con la intención de obtener un uniforme más *cómodo*, más *práctico*, más *económico* y *sin perder vistosidad*, tal y como decía la reglamentación. Por eso ha de ser curioso detenernos brevemente en los pequeños detalles, los más significativos para la uniformidad de la tropa, que fueron los que dieron otro aire a la figura del soldado. De todo esto hablaré intentando explicarlo con humor y bienquerencia.

De entre los múltiples y variados detalles que podríamos comentar, merecen destacar los siguientes:

Guerrera

Esta prenda ya era de color caqui desde hacía doce años (R.O. de 20 de junio de 1914 con deseo de sustituir los uniformes de rayadillo con su impacto blanco poco apropiado) y con solo dos bolsillos llamados “de parche”, es decir, de pliegue doble (con fuelle) sitos en el pecho, aunque algunos cabos y sargentos

profesionales hacían trampa y sus sastres, cuando acudían a ellos, les colocaban “toques” a capricho no reglamentarios en sus uniformes como veremos más adelante. La línea general de la guerrera en este 1926 era muy semejante a la inmediata anterior. No obstante, hubo variaciones radicales que dejaron perplejos a los usuarios: el cuello y los botones.

Cuello

Aquí claudicó una de las “añejas” tradiciones, en el cuello del uniforme. Desde las reglamentaciones de 1791 a 1800, época de Carlos IV, los cuellos de las casacas eran altos, rígidos y elevados hasta casi la barbilla lo que obligaba al soldado a mantener la cabeza levantada y tiosos los infortunados músculos esplenios y los esternocleidomastoideos que, por la palabreja, ya debían ser músculos más que maltratados con tanto cuello de tejido tirante y envarado.

De pronto, alguna sorprendente iluminación vino en ayuda del soldado y se discurrió que ya estaba bien de tantas rigideces y tantos envaramientos. Por eso, con gracia y sentido común, se diseñó un llamado **cuello vuelto**, a la marinera, con corchetes en su arranque y emblemas en las puntas. Sabia decisión que permitió, por fin, que los esplenios musculosos, y los otros, pudieran descansar.

Botones

Menudo disgusto se llevaron algunos quintos. En menos de cuatro palabras reglamentarias les “robaron” dos botones de los siete que tradicionalmente se habían llevado para dejarlo en cinco y aún gracias. Y lo malo es que se veían solamente cuatro porque el quinto casi siempre quedaba medio escondido por la hebilla del ceñidor. A este recorte se sumó otro espectacular: los siete “antiguos”, gallardos y destacados botones de metal (sobredorado para los oficiales) convexos ellos, con el Escudo de

las Armas de España, orgullo del soldado elegante (y limpiador) además de reducidos a cinco, pasaron a ser de cuero o de pasta de tonalidad marrón/caqui prometiéndose que, en principio, sólo sería para acciones de campaña. Y ya sabemos que lo que empieza siendo “sólo en principio” suele acabar generalizado para todo acto y para siempre jamás según refunfuñaron los soldados de aquella generación.

Amén botón.

Pantalones

Pasemos ahora a los pantalones. Ahí fue Troya. Del pantalón *recto* al *pantalón-polaina*, pasando por el pantalón *bombacho*, (que no incluía polainas y sí vendas aparte) pues esas eran las denominaciones oficiales. Es decir, que casi no se puede decir. ¿Dónde quedaban los, reconozcamos, poco adecuados para campaña pero vistosos pantalones rojos grancé de graciosas líneas azules paralelas a ambos costados de cada pernera ideales para desfiles y galas? ¿Y los “abombachados” pantalones, ceñidos bajo las rodillas, y que en el mundo civil, años después, estarán de moda y algunos llamarán “de golf”? Pues nada, caballeros, ahora los llevaréis al estilo que llamaremos “pantalón-polaina” y será todo, calzón y polainas, en una pieza de algodón pero que en otros países del planeta, a elementos más o menos semejantes, llamaron pantalones *breeches*.

Para acabar de completar el esquema hay que señalar que a veces se usaba el pantalón-polaina y a veces el bombacho, según existencias o suministros y, en el segundo caso, con las pantorrillas más liadas de “vendas” que todas las que disponía la Sanidad Militar.

Años después, al llegar el Reglamento de Uniformidad de 1943 y determinadas disposiciones posteriores, se pasó a otro pantalón

llamado **pantalón noruego**, pero esta, como se dice, ya es otra historia.

Calzado

El calzado, un calvario. Ligeras alpargatas valenciano-catalanas de cintas para unos soldados que iban a pie a todas partes. Como en los antiguos tiempos de Isabel II y Alfonso XII sin olvido de las antiguas tropas regionales (aragonesas, catalanas...) de la Guerra de la Independencia. Con ellas, benditas alpargatas, recorrían caminos torcidos, hollaban húmedos hierbajos, andaban sobre duros pedregales y removían charcos fangosos.

Y si un martes por la mañana pisaban, durante la fatigosa marcha, algún cardo borriquero se “adjudicaban” dolorosísimas espinas clavadas en el arco del pie hasta que no se oyera el toque de revisión médica el viernes por la tarde de la próxima semana...

Polainas versus vendas

¿Los uniformes tenían que proteger y ocultar las piernas hasta los tobillos o no? Pues sí, ambas cosas. ¿Y cómo podríamos hacerlo, pensarían los mandamases, para que fuera asunto bien resuelto, pero, al mismo tiempo, incómodo y laborioso de poner y quitar? Pues o les colocamos las clásicas y ceñidas polainas con la tira de botones de media bola, todos caquis, o cambiamos de idea y les suministramos unas vendas no fáciles de liar. También ambas cosas. Primero, dirían los altos responsables, les reglamentamos las polainas, con casi más botones que una sotana y, más luego, vendas largas y liosas, de quita y pon, con cara de mala uva.

Por si fuera poco, faltando dos minutos para la formación de revista de paseo, al soldado López aún le bailan tres botones de las polainas y el pobre sin hilo...

Y el sargento, ojo avizor.

Gorra de plato

Adoptada para la tropa, con gran alegría de la misma, el 25 de agosto de 1930 y suprimida por la República el año 1933. Total, unos meses de uso y gloria. Poca gloria para la tropa. Demasiada para los diseñadores de cambios radicales y constantes.

LAS ILUSTRACIONES

Para ilustrar este sencillo análisis de uniformología he recurrido a tres fuentes:

- a) La selección de un grupo de ilustrativas fotografías de mi queridísimo padre (q.e.p.d.) durante el periplo de su largo servicio militar. Son cinco instantes muy esclarecedores de aquella época y del uniforme de Infantería de Línea aquí tratado.
- b) Un dibujo de don José M^a Bueno muy esclarecedor.
- c) La imagen de una de las guerreras que vistió mi padre.



Día de maniobras en la ciudad de Balaguer en verano de 1932. Estos son dos cabos de Infantería. El de la izquierda, mi padre.

Detalles:

- a) Guerrera modelo 1926 de cuello vuelto o “cerrado”. En la imagen los cuellos no estaban precisamente cerrados... cosa autorizada en día de calurosas maniobras.
- b) Mi progenitor va armado con el fusil Máuser para Infantería modelo 1893 y su compañero de la derecha con el mosquetón Máuser modelo 1916 a bayoneta calada modelo 1913 donde se colocaba, bien afianzado, el banderín reglamentario que portaba, en los desfiles, un cabo situado el último de cada compañía indicando el final de la misma.
- c) Se desplazaron a pie desde Lleida hasta Balaguer. Treinta kilómetros mal contados de caminos polvorientos. Instantánea tomada en calle inclinada y de firme irregular. No obstante, mantenían calzadas las dolientes alpargatas capaces, ellas solas, de hacer saltar las lágrimas a cualquier caminante.



Otra interesante instantánea de maniobras “años 30”. Aquí algo es diferente, porque no sólo aparecen tres soldados (mi ascendiente a la izquierda) sino que dos de ellos calzan zapatos y

uno alpargatas. ¿Qué pudo ocurrir? ¡Ah! Y los tres con el cuello “vuelto” bien cerrado.



Mi padrazo en día de guardia. Genio y figura.



Don José Navarro, Pepe para familia y compinches, saleroso él, pasea con un amigo por la calle Mayor de Lérida en cuya antigua Iglesia-Catedral (*Seu Vella*, en catalán) estaba ubicado el cuartel.

Luce impecable el uniforme de paseo modelo 1926 cuyos detalles más significativos son:

- a) La gorra de plato con la divisa de empleo en el frontis de la banda-cinturón, colocada en vertical y rematada en punta.
- b) Guerrera con cinco botones tonalidad caqui-marrón.
- c) Zapatos-botines color avellana.
- d) Perfectos pantalones *breeches*, o sea, pantalón-polaina que no siendo para montar carece de las remontas o refuerzos también llamados “pepinillos”.

Pero en esta fotografía que por razones evidentes, tampoco pudo ser en color, lo más sorprendente, increíble e inverosímil es la presencia de bolsillos en los faldones de la guerrera que, por tener mi padre en aquel momento el empleo de cabo, estaban prohibidos rigurosa y expresamente en la reglamentación puesto que los hacía exclusivos de la oficialidad.

Entonces ¿cómo es posible? El autor de mis días me contaba que, ya antes de su ascenso a sargento, se hacía confeccionar los uniformes en una sastrería leridana. Total, que los profesionales, *motu proprio*, se permitían algunas licencias capaces, hoy en día, de despistar a los más estudiosos uniformólogos.



Mi papi con un grupo de amigos. Todos paisanos menos él que viste, por ser invierno, con el tabardo de diario para paseo.



Dibujo de don José M^a Bueno donde se observa un cabo con el mismo uniforme aquí explicado. A notar que el escrupuloso y

esmerado investigador-dibujante no colocó bolsillos, como es lógico, en los faldones de la guerrera.



Como remate de este estudio añado imagen de un entrañable y emotivo recuerdo histórico-familiar: una guerrera de mi padre guardada en casa, con todo sentimiento y afecto, desde los lejanos años de su juventud. También, como vemos, una pieza de tela caqui puede ser, al mismo tiempo, un retazo del corazón.

Hasta aquí el repaso efectuado, con la máxima querencia, a un uniforme que ya es historia. Ante él, y su significado, no sé si podemos posicionarnos en base a un juicio antropológico severo desde una perspectiva actual. Tal vez no, porque como diría José Luís de Vilallonga, marqués de Castellvell y Grande de España, aquellas lejanas y muy a menudo violentas coyunturas, fueron ciertamente, **otros mundos y otra vida**.

Que no se repitan.